

Selva Negra, le enviará de embajador y le hará ministro de Gobierno: testigo Carl Schurz, alemán á quien España ha visto ladearse con los enviados de primera clase de las potencias europeas. Y cómo no? Carl Schurz es blanco, de ojos garzos y barba rubia: importa poco que los tribunales de Berlín le hubiesen condenado al último suplicio. Averigüémonos bien, señores: ese extranjero declarado criminal por Alemania, no había sido sino conspirador: hombre de ánimo, acometió á pelear bajo la enseña de la unidad americana, sirvió á Abrahán Lincoln en la santa causa de la libertad, ganó batallas, alcanzó las primeras graduaciones de la milicia, y concluida la guerra, el presidente le honró con el alto cargo de ministro de los Estados-Unidos en Madrid, y después en Berlín mismo, cosa rara. Aquí hay grandeza: no impruebo esta conducta; pero el embajador del Brasil... esto es lo que me desatina. Cuando me preguntan cómo en dos viajes al viejo mundo, ni de ida, ni de vuelta he pasado por los Estados-Unidos, la vergüenza me obliga á reservar la verdadera causa: no ha sido sino temor, temor de ser tratado como brasileño, y de que el resentimiento infundiese en mi pecho odio por un pueblo al cual tributo admiración sin límites. Un irlandés sin ejecutorias de ninguna clase, sin luces ni virtudes, llega ahí con su cara rubicunda, y como no traiga el bolsillo escueto, será un lord de la República: á un hijo del Ecuador, el Perú ó Venezuela no le aprovecharán inteligencia, sabiduría ni dinero, si á estas ventajas no acompaña la preeminencia de la tez. Entre nosotros somos hidalgos, y aun hijosdalgo, lo que llamamos *caballeros*, con nuestro colorcito de perla impregnado de

coral; y *cholos* empalagosos hay que con su cara de morcilla quieren también ser nobles: en el país más democrático del mundo es preciso ser rubio á carta cabal para ser gente. Los yankees ignoran, sin duda, que en el Egipto condenaban á muerte á todo pelirrojo, y que Judas fué un austriaco y tuvo la cabellera á la inglesa: un *catire*, como decimos en América.

Puesto que nunca me han de ver la mayor parte de los que lean este libro, yo debía estarme calladito en orden á mis deméritos corporales; pero esta comezon del egotismo que ha vuelto célebre á ese viejo gascon llamado Montaigne, y la conveniencia de ofrecer algunos toques de mi fisonomía, por si acaso quiere hacer mi copia algun artista de mal gusto, me pone en el artículo de decir francamente que mi cara no es para ir á mostrarla en Nueva York, aunque, en mi concepto, no soy zambo ni mulato. Fué mi padre inglés por la blancura, español por la gallardía de su persona física y moral. Mi madre, de buena raza, señora de altas prendas. Pero, quien hadas malas tiene en cuna, ó las pierde tarde ó nunca. Yo venero á Eduardo Jenner, y no puedo quejarme de que hubiese venido tarde al mundo ese benefactor del género humano: no es á culpa suya si la vacuna, por pasada, ó por que el virus infernal hubiese hecho ya acto posesivo de mis venas, no produjo efecto chico ni grande. Esas brujas invisibles, Circes asquerosas que convierten á los hombres en monstruos, me echaron á devorar á sus canes; y dando gracias á Dios salí con vista é inteligencia de esa negra batalla: lo demás, todo se fué anticipadamente, para advertirme

quizá que no olvidase mis despojos y fuese luégo á buscarlos en la deliciosa posesion que llamamos sepultura. Deteneos! oh no, no vayais á discurrir que puedo entrar en docena con Scarron y Mirabeau: gracias al cielo y á mi madre, no quedé ni ciego, ni tuerto, ni remellado, ni picoso hasta no más, y quizá por esto he perdido el ser un Milton, ó un Camoens, ó *la mayor cabeza de Francia*; pero el adorado blancor de la niñez, la disolucion de rosas que corria debajo de la epidérmis aterciopelada, se fueron, ay! se fueron, y harta falta me han hecho en mil trances de la vida. Desollado como un San Bartolomé, con esa piel ternísima, en la cual pudiera haberse imprimido la sombra de una ave que pasara sobre mí, salga usted á devorar el sol en los arenales abrasados de esa como Libia que está ardiendo debajo de la línea equinocial. No seria tarde para ser bello; mas esas virtudes del cuerpo ¿en dónde? prescritas son, y yo no sé como suplirlas. Consolémonos, oh hermanos en Esopo, con que no somos fruta de la horca, y con que á despecho de nuestra anti-gentileza no hemos sido tan cortos de ventura que no hayamos hecho verter lágrimas y perder juicios en este mundo loco, donde los bonitos se suelen quedar con un palmo de narices, miéntras los pícaros feos no acaban de hartarse de felicidad. Esopo he dicho: tuvo él acaso la estatura exélsa con la cual ando yo prevaleciendo? esta cabeza que es una continua explosion de enormes anillos de azabache? estos ojos que se van como balas negras al corazon de mis enemigos, y como globos de fuego celeste al de las mujeres amadas? Esta barba... Aquí te quiero ver, escopeta: Dios en sus inescrutables designios dijo: A éste nada le gusta

más que la barba; pues ha de vivir y morir sin ella: conténtese con lo que le he dado, y no se ahorre las gracias debidas á tan espontáneos favores. Gracias, eternamente os sean dadas, Señor: si para vivir y morir hombre de bien; si para ayudar á mis semejantes con mis escasas luces fuera necesario perder la cabellera, aquí la tendríais, aquí; y mirad que no es la de Absalon, el hermoso traidor.

La belleza es idea abstracta sujeta á los sentidos: así como el filósofo Simónides interrogado por Hieron nunca acertó á definir á Dios, así nadie será capaz de manifestar en lo que consiste la belleza. Belleza material es lo que simpatiza con los ojos y llena el corazon, pudiéramos decir; pero éstos son efectos de la belleza, y no la belleza misma. Porqué son bellas una pintura, una estatua, una mujer? Porque nos agradan: está bien. Ahora, ¿porqué nos agradan? Porque son bellas. Ni sabio ni poeta saldrá de este círculo vicioso dentro del cual se están desenvolviendo perpetuamente los misterios de la hermosura y el amor, sin que nos puedan ser revelados en ningún tiempo. Si decimos que la belleza consiste en la perfeccion, volviéndonos un paso atras veremos que la perfeccion misma no es sino la belleza. Belleza, armonía inestricable de mil voces, conjunto de facciones acomodadas artísticamente por el sabio invisible que pergeña en el seno de la nada las obras maestras; universo donde concurren todos los elementos de que

Dios hizo los ángeles y los hombres, pero dispuestos de tal modo, que si lo vemos y lo palpamos, no nos es dado averiguar ni descubrir la naturaleza de cuestion tan fácil para la vista, como difícil para la investigación y la fórmula con la cual nunca daremos. Blancura y suavidad del cutis: viveza, tamaño y resplandor de los ojos: lineamentos atrevidos y elegantes en la nariz: esponjosidad voluptuosa y sangre hirviente en los labios: mejillas de curvas levantadas adonde la rosa vuela en pensamiento y se imprime por obra del espíritu que tiene á su cargo la gracia femenina: cabello abundante, ondeado y luengo, que así parezca manto natural con que la mujer cubra sus primores, desde los hombros hasta la pantorrilla: ceja arqueada, cuyo rabo está apuntando á las sienes con poética ufanía: cuello alto, recién salido del torno aéreo donde el amor labró el de Berenice, el de Estatira: pecho que parece vestíbulo del templo dentro del cual los dioses están entregados á los juegos florales, saltando desnudos, medio locos de consumidora licencia: porte donairoso, paso regio, movimientos de Musa que cansada de la austera virtud, está ensayando tímidamente la seducción y la malicia: sobre esto una blanca, apretada gordura, de esas que resisten el atrevido pellizco; de esas de las cuales nadie da fe, si las Gracias no le han iniciado en los misterios de la soledad y la dicha; tales son los caracteres de la belleza en general, aunque los pueblos difieren de concepto en varias partes de la tierra, siendo tachas para unos lo mismo que son timbres para otros. Las naciones civilizadas de Europa y las que de ellas se derivan tienen un solo modo de mirar las cosas: no así los turcos, verbigracia,

para quienes frisan con la perfección las mujeres que, no estoy en un tris de pensarlo, causan despego en nosotros. La abundancia de carne y grasa es toque de alta belleza para los musulmanes; y tanto más bellas sus mujeres cuanto más obesas y enormes. A esta cumbre llegan fácilmente con el escaso movimiento de su vida sedentaria y ociosa, encerradas en las cuatro paredes del serrallo, aspirando las flores de sus jardines, deleitándose con la miel de sus abejas. No obstante, á nadie que no tuviese el corazón á la jineta dejarían de volverle loco esas odaliscas de tres á cuatro lustros que harto tienen en su persona de las huries del Profeta, deidades puestas por Alá en los Campos Eliseos para recompensa de los fieles que prevalecen por las virtudes en el mundo. Una Zoraya de diecisiete abriles, con su pantalón abombado de raso purpurino, que frunce y estrecha al tobillo por medio de un agarrador de Hevila: la chinela de grana cuya capellada bordada de hilo de oro está figurando las travesuras del niño ceguezuelo: la chaqueta compuesta por una Aracne de Stambul, que sirve de cárcel á esas tórtolas blancas sujetas hasta medio cuerpo: la manga anchísima que flota en pomposo vuelo no más abajo del codo: la manecita de ninfa de la fuente ajustada en la muñeca por el brazelete sembrado de rubíes: la uña sonrosada, la yema del dedo como si brotara sangre: las mejillas ardiendo en llamas prohibidas: los ojos de resplandor siniestro... siniestro, porque la pérfida está pensando en la manera de huir de su encantado calabozo é irse con su amante á despecho del Sultán y sus guardianes: esta mujer, digo, es uno de los modelos más cumplidos de la belleza en el género hu-

mano. Qué maravilla? su dueño la obtuvo de un rico bajá, quien á su vez la habia comprado á un viejo musulman que la trajo de Circasia.

Ahora ved si el serrallo de Ispahan abriga más beldades que el cielo de los musulimes contiene séres femeninos, de esos cuya profesion es el amor y la felicidad de los bienaventurados. Zizi, la bella Zizi, ganó el primer premio en la exposicion de hechizos que el gran Sofi mandó prevenir en la capital de su imperio. Zizi es oriunda de Georgia: sus padres, magnates de esa tierra, se prometen la honra de ver á su hija de sultana, y bien adornada con el oro y las pedrerías de Zafir, la envian á presentarse á los ojos del príncipe. Vino, vió y triunfó la bárbara hermosa, cual César de corazones, contra la cual nadie da batalla que no quede vencido y prisionero en la red de miradas y sonrisas que le tiende allí á su propia vista. Zizi deslumbra con las preseas que trae sobre si y los primorosos vestidos que la cubren; pero el amor, como la verdad, es desnudo: preciso es dejar á un lado esa elegante carga, y encomendar á la limpia y pura naturaleza el éxito de su causa. Sus ojos están resplandeciendo tras el pudor que les obliga á bajar los párpados de cuando en cuando: sus mejillas son fragua donde chisporrotea la vergüenza en lucha con el deseo: su boca es puerta por donde se atropellan mil amorosos ayes: la garganta es en ella parecida al muslo del dios de los amores: el seno, descubierto, es todavía prominente, á pesar del encorvamiento delicado con que esa mujer divina procura ocultar los secretos más recónditos de la hermosura: los pechos, erguidos, parecen dos

trozos de mármol en forma de pan de azúcar pulidos por el cincel de Polycleto: las curvas de su vientre desafian á la comba del arco de Cupido: las caderas se levantan en promontorios alomados, por cuyos derrames suben y bajan los Genios del placer: el muslo, grueso, blanco, de redondez perfecta, va adelgazando hasta los hinojos: la corva es un abismo profundo entre dos gorduras, la de arriba, y la de la enorme pantorrilla que asombra por su riqueza, deleita por su pulidez, y conmueve horriblemente por los caudales de voluptuosidad que de ellas corren á inundar los sentidos. El pié es levísimo: náyade no lo sienta en los dorados guijos de su fuente ni más pequeñuelo ni más blanco.

Esta es Zizi, la reina del haren. Bella es, pero no sin rival: allí está Dalís disputándole la palma en el corazon del sultan. Dalís descuella por la estatura y el donaire: alta, garbosa, rubia, se parece á Diana cuando está bañándose desnuda en un recóndito manantial de la selva sagrada. Si la mirais con ojos indiscretos, convertiros ha la diosa en ciervo, y devoraros han vuestros propios perros. Dalís no deja el cetro sin pleitearlo palmo á palmo: Dalís tiene ojos para ver, y como ellos son azules, del color más limpio de la bóveda celeste, cada mirada suya es una inspiracion divina. Su mata de pelo, admirable: aunque en orden, ni los dioses incorpóreos pudieran romper por esa perfumada maraña; así es de tupida y abundante. Dalís no ostenta en sus miembros el volumen de una turca vencedora; pero está léjos de pecar por esa delgadez helada de que huye la divinidad golosa que se llama lascivia, divinidad satánica, más

hambrienta, miétras más repleta. Dalís no es flaca : dígalo el brazo hácia el hombro si tiene el manjar suficiente para el amor convertido en dragon insaciable : dígalo el pecho, mullida cama de deseos : dígalo la boca, estrofa de Anacreonte encendida en el aliento de Safo : díganlo esos ojos, hervidero de malos pensamientos que brotan afuera en chispas invisibles y meten fuego al alma de los que están delante de ella en maravillado silencio.

Dalís no tiene competidora, sino es Zizi : Zizi á nadie temiera si no estuviera ahí Nardina. Esta sí que le vuelve loco al marido comun á despecho de todas las demas : esos ojos de gacela, como dicen los poetas árabes, contienen un mundo de seducción y gloria para el dichoso mortal que ha ganado tal corona en las justas del amor. Nardina está celosa : en dolor no articulado, su cabeza gravita melancólicamente sobre el seno : dos hilos de lágrimas descenden lentos y le bañan las mejillas : las manos están colgando de indolencia que no es sino pesadumbre sin esperanza de remedio. Raddin Ined, Raddin Ined, he allí tu obra. Esas beldades y otras muchas, tuyas son ; esos corazones henchidos de amor y deseo, tuyos son ; esos senos esponjados con los suspiros impetuosos del cariño, tuyos son : tuya la luz de esas pupilas, tuyo el carmin de esos labios, tuyo el aliento que por ellos sale impregnado de los olores del alma. Ah, cruel, qué órdenes son esas ? porqué pones el látigo y el hierro destructor en manos de ese feo negro, ese monstruo que llamas tu primer eunuco ? Mira cómo las toma á media noche, las despoja de sus vestidos, las

aherroja... Has oído, miserable, el chasquido del azote mezclado con los gritos de tus víctimas ? Esas carnes están inundadas en su propia sangre : esas manos, atadas, no pueden implorar misericordia : esas lágrimas corren sin esperanza de compasión ni de perdón. Qué te hicieron tus queridas, tus mujeres ? Gran Dios ! el primer eunuco ha descubierto tres mancebos en la alcoba de esas pérfidas : levanta el brazo, castiga, extermina ; duda de tí mismo, entrega tu alma al diablo, sultan dichoso, cuando sepas que no te amaron ni un instante. Amarte, ¿ y cómo ? no fuiste su consorte sino su dueño ; no su amigo sino su tirano ; no su salvador sino su verdugo. El corazón es águila : gusta de la libertad ; en espacio inrestringido se bebe los aires y se encumbra al firmamento. Dirás por ventura que á esa Zizi, esa Dalís, esa Nardina las habías ganado por el amor y la seducción ? Si tú las compraste, no es mucho que ellas te hayan vendido. Sabe que la correspondencia es obra de voluntad, no de mando ni tesoros.

Para cada raza un modelo de belleza : las mujeres persas, las árabes no prevalecen por lo sonrosado de la tez ni la blancura deslumbrante : en ellas consisten sus hechizos, y es en la ardiente suavidad de la mirada, en la magnitud asombrosa de los ojos, por los cuales el alma se está asomando en ademán apasionado. En esas beldades hay algo como de luz de luna, cuando llena y clara se asoma en el horizonte y viste la montaña. Las griegas antiguas son estrellas vívidas : todo deslumbra en ellas : ingenio, donaire, fuego de la sangre : en orden á los caracteres físicos de la hermosura, la frente

estrecha es lo principal; y tanto más cumplida una mujer, cuanto más se aproxima la orilla del pelo á las cejas. Otras naciones la suelen estimar con frente abierta y anchurosa; pero en las estatuas que de Aténas, Corinto y Siracusa conservan los museos, pueden ver los viajeros que esa parte de la fisonomía es por todo extremo angosta en la Vénus de Milo, en la de los Médicis de Florencia, en el grupo de las tres Gracias, en el de las nueve Musas y en cuanta representación de la belleza antigua veneran los modernos.

Las mujeres de la Biblia se dan la mano con las matronas romanas: la majestad de Sara, la cordura de Abba, y ese porte sublime con el cual las esposas de los patriarcas eran reinas, todo parece haber pasado á la Roma de los cónsules, y aun á la de los emperadores. Agripina, entrando á la ciudad con el vaso que contiene las cenizas de Germánico, alta, grave, taciturna, bañada en la melancolía que da realce á su belleza, no es sino la santa mujer de un patriarca del tiempo de Abrahán é Isaac. Livia, una de las romanas más bellas, fué asimismo grave, austera quizá: amóla Augusto, respetóla: el frío temperamento que le vuelve un Xenócrates ante la reina del Nilo, está siempre abrasado ante la hermosa Livia, la cual no viene á ménos en su cariño ni con la posesion, ni con los años. Lo que no pudo Cleopatra, vencedora de César y Antonio, lo pudo la mujer de Tiberio Claudio: esto es no poco decir en favor de ese Genio del Tíber.

Entre las griegas, las que frisan con las hebreas de los tiempos bíblicos son las esparciatas: esos fantasmas negros que traen el brazo al aire, y señalan imperiosa-

mente á sus hijos el campo de batalla, son también Saras por la majestad, Abbas por la cordura, Esteres por la virtud. En las naciones actuales hay unas que representan á las romanas antiguas, y son las inglesas: estatura sublime, paso grave, aspecto majestuoso; sino que el fuego que tras la frialdad exterior estaba hirviendo de continuo en el pecho de esas antiguas, apenas si se prende en el de estas modernas, tibias por naturaleza y gracia. Si el somaten que llama á la patria contra sus enemigos suena en los templos, allí están ellas, eso sí, á cargar las armas de maridos é hijos hasta la frontera; ni se irán á la mano en la recompensa debida á los vencedores, besando apasionadas los largos bigotes del salvador de Wellington.

Para las atenienses, las francesas: estas amables mujeres, sin dar la ley de la hermosura, dan la de la elegancia y el predominio: donosas de natural, poseen el arte de hacer valer más la gracia que la belleza, y suya es la palma del amor en el concurso de tantos y tan hermosos pueblos como son los de la civilizada Europa. Xantipas, en corto número; Aspacias, algunas; muchas Phrines, y no pocas Elpinices; tales son las francesas, sin que falten mujeres de Phocion para quienes son joyas y riquezas las virtudes y glorias de sus maridos, y no los diamantes y las perlas de las vanidosas.

La belleza tiene mil caras; prisma es que fulgura por donde lo miramos, si el sol está dando en él. Las heroínas de Homero difieren tanto de las de Ossian, que si una belleza excluyera otra, cualesquiera de éstas serian feas, para dejar en el lado opuesto á las hermosas.

Helena es tipo supremo : la sangre que corre al rededor de Troya, las llamas en que arde al fin esta ciudad sagrada, están corriendo y ardiendo en ese Genio impuro del amor y el deleite. Dicen que un jóven esparciata se parecia de tal manera á Héctor, que habiéndose presentado en una ciudad del Peloponeso, le ahogó el tropel de gente que acudió á verle y admirarle : si hubiese mujer parecida á Helena, su familia ó el Gobierno la habian de cercar con barandajes de oro, á fin de que no la matara la curiosidad apasionada del pueblo. Helena y Clytemnestra, beldades infaustas, fueron la maravilla de los tiempos, si por la peregrina condicion del individuo, si por los grandes efectos de sus pasiones. Los poetas suelen comparar un seno admirable, una garganta celestial con los de Clytemnestra. Agamenon, si tiene conocimiento y guarda memoria de las cosas del mundo en la eternidad, debe sentir más haber perdido el corazon de su esposa que la muerte misma.

Sólo el trono merece ser comprado
Con un delito; mas en todo el resto
Sea inviolable la ley de la justicia,

dijo Eurípides, el trágico de alto coturno. Si algun delito mereciera perdon á causa de su estímulo, seria el rapto de una Helena, una Hermione, divinidades en figura humana, que adrede nos enturbian el juicio para que hagamos por ellas mil locuras. Páris es sugeto despreciable, no tanto por haberse alzado con la mujer de su huésped, cuanto por la cobardía y la traicion con la cual mancilló su gentileza : guerrero vil que mata alevemente al mayor de los héroes, con razon no alcanza

ni la envidia de los que tienen presente los favores de la sin par Helena.

Hermione enfurecida, fraguando la muerte de su amante desleal, es otro dechado de belleza terrible ; y cuando vuelve el asesino á darle cuenta, inundado en gozo, que sus órdenes están ejecutadas, amor, ira y despecho la vuelven realmente loca sublime. Quién te lo mandó, perverso? porqué le matas, monstruo? Y sus ojos fulguran semejantes á los de Juno irritada en presencia del atrevido mortal que solicita su correspondencia.

Fedra fué tambien hermosa ; pero los atractivos de estotra mujer de Putifar nada pueden con el predilecto de los dioses, el bello Hipólito, cuya presencia anunciaba espontaneamente la profetisa de Delfos, cada vez que de Cycione venia á Cerra. Pagada de sus embelesantes formas, tuvo para sí la incestuosa madrastra que todo seria quererlo ella y ver cumplidos sus deseos. El alma de Josef habia pasado al cuerpo de ese muchacho : cuando ella le vió huir dejándole la capa en las manos, allí fué luégo la ira con que acudió á vengarse de las virtudes encarnadas en esos bellos miembros.

Y Safo? Safo no ha transmitido su nombre á la posteridad por lo notable de su rostro, mas ántes por el fuego de su alma, la cual le tenia abrasados sin tregua imaginacion y sentidos. Con todo, cuando la vemos vestida de blanca tela, coronada de flores en el promontorio de Leucadia, repitiendo sus últimos versos para arrojar en el mar, no podemos contemplarla sino como á deidad gentilica en figura de mujer, cuyos afectos, conservando su condicion de inmortales, la vuelven